

Acto embajador del flamenco de Jerez

Ayuntamiento de Jerez
7 de marzo de 2019
11:00 horas

Hay momentos para los que no estás preparado porque, sencillamente, no los esperas. Y no los esperas, porque caen por completo fuera de tus expectativas y en las antípodas de tus merecimientos. Éste es uno de ellos.

No sé si han pensado bien lo que hacen porque yo apenas he tenido tiempo para destilar lo que digo. No sé si ejerceré de embajador del flamenco conforme prescribe esta inesperada distinción. Lo que sí sé es que el flamenco es ya de por sí el mejor embajador de Jerez y de Andalucía. Es nuestra carta credencial de presentación cultural ante el mundo. La singularidad máxima de la marca Jerez si la observamos desde la atalaya de la cultura y el patrimonio.

Son muchos los adjetivos y atributos referenciales que cuelgan de la palabra Jerez (ciudad universitaria). Es la ciudad del caballo, del motor, del vino y, por supuesto, del flamenco.

Pero, de todos ellos, el flamenco es sin duda el más genuino, el más peculiar, el que la dota de mayor autenticidad. Jerez comparte con otras ciudades de otros lugares del planeta ser referencia internacional en el ámbito del vino, el caballo o el motor, pero es el flamenco lo que la convierte en una ciudad única.

Vino, caballo, motor y flamenco son iconos de la marca Jerez, pero, a diferencia de los tres primeros, sólo hay una tierra cardinal, original y primera para el flamenco. Y es ésta. El flamenco no tiene fronteras, pero sí cuna. Está aquí. No nos damos cuenta porque no tenemos capacidad de objetivación. Carecemos de perspectiva. Vive con nosotros.

No se entiende el flamenco sin Jerez como tampoco se concibe a Jerez sin el flamenco. Es mucho lo que se aportan mutuamente. Se enriquecen y retroalimentan. Se necesitan, se exigen, se buscan y se encuentran a diario.

En esta tierra de mixturas, convivencias y mestizajes, el maridaje más colosal y con más solera es el que sale de la fusión entre flamenco y Jerez.

Aquí, el flamenco es un ser cultural vivo. Basta recorrer sus barrios, pasear sus calles, entrar en sus peñas o en sus tabancos para colegir que es un patrimonio en efervescencia. Esto es lo que me atrapó desde el primer momento. Hablamos de una ciudad que no deja de parir artistas, que no renuncia a su identidad ni se aparta de su futuro, ligado a un arte que es más suyo que de nadie.

En el proyecto, en el modelo de ciudad de Jerez o está el flamenco o no se ha pensado para esta ciudad. Y debemos pensar a lo grande, porque la losa de la realidad se encargará luego de recortar las expectativas.

Gracias, alcaldesa. Me atenaza la doble estupefacción de la sorpresa y el demérito. Sobre todo, si ponemos ante el espejo la grandeza de Shoji Kojima o Blanca del Rey.

Agradecido por lo que significa el flamenco para Jerez y Jerez para el flamenco. Y porque, ya en el plano individual, es desde hace muchos años el contrapunto para todas mis emociones y la banda sonora esencial de mi vida.

El flamenco me compensa, me acompaña, me humaniza. Un arte que, más allá de la exaltación poética que arranca en todo ese ejército de personas de todas las latitudes del planeta a los que conmueve con la calidad de sus músicas y escenografías, necesita del contrafuerte del estudio. La lírica es un ornamento precioso que en muchas ocasiones reviste con ditirambos la ausencia de conocimiento.

Desde hoy, soy embajador del flamenco de esta tierra, aunque ya lo era de antes, a mi manera, sin la mención del privilegio, a la sombra de la cotidianidad, sin focos ni exposiciones públicas. No hay mérito alguno en ello. Sentir el flamenco significa proclamarlo en un acto de invocación del que emana con naturalidad la palabra Jerez.

Desde siempre, he sido un activista de la defensa del flamenco como contenido reglado en el currículo del sistema educativo en todos sus niveles, desde Infantil hasta la universidad. No se puede amar lo que no se conoce. No se puede proteger lo que se ignora.

Y es que se estudia cómo se ama, con la misma motivación inconsciente, porque consideramos que algo es tan importante para nosotros que le dedicamos el más preciado fortín de nuestra existencia: el tiempo.

Ahora bien, al reconocimiento se llega siempre desde el conocimiento y éste se alcanza con humildad, método, rigor y perseverancia. Es insostenible que los niños jerezanos y andaluces salgan del colegio, del instituto y de la universidad sin una hora en su currículo dedicada a la docencia del flamenco. Una ausencia que impide que generaciones de escolares andaluces puedan convertirse en el futuro en los verdaderos embajadores del flamenco.

Ni un minuto para saber quién fue la Niña de los Peines, Manolo Caracol, Antonio Mairena, Antonio Chacón, Farruco, Mario Maya, Carmen Amaya, Enrique Morente, Camarón, La Paquera, La Perla o Paco de Lucía o para saber quiénes son Manolo Sanlúcar, Paco Cepero, Manuel Morao y tantos otros... y otras.

Igual que durante dos semanas un millar de entusiastas amantes del flamenco son atraídos hasta Jerez por el magnetismo de este arte que contagia y atrapa a partes iguales, zambulléndose en las enseñanzas de los cursos de baile del Festival.

Del mismo modo, hemos pretendido en la Universidad de Cádiz, con todas las cautelas y garantías académicas, que quiénes deseen ahondar en el estudio de flamenco vengan también a Jerez a formarse como investigadores.

Es ésta una elocuente extensión universitaria de lo que ya es en sí misma la ciudad: un epicentro incuestionable para la creación y también para el estudio del flamenco. Aquí reside el afán confesable y el propósito manifiesto del Master Interuniversitario en Investigación y Análisis del Flamenco. El primer máster oficial universitario del mundo centrado en el estudio de este arte.

Una propuesta ensamblada y defendida desde la UCA ante la aplastante certeza del peso de Jerez en la forja, evolución y proyección del flamenco. Un arte que es esencialmente música, que va más allá de la música, y en donde esta ciudad tiene una aportación sustantiva.

Desde la universidad se ejerce también una responsable misión de embajada del flamenco. Y lo hacemos, de la única manera en que sabemos: con la materia prima de la generación y transmisión del conocimiento.

Son muchos los nombres que por su talento, excelencia creativa y capacidades interpretativas se asocian a la memoria del flamenco jerezano: Terremoto, Chocolate, Tío Borríco, Sordera, La Paquera, Cepero, Juana la del Pipa, Agujetas, Tía Anica, El Torta, Manuel Morao, Parrilla, etc.

Una constelación de artistas que encontraron en la ciudad desde hace más de 60 años el asidero crítico e intelectual de aficionados fascinados por el flamenco e inclinados hacia su estudio. Es el testigo de una tradición, más apasionada que metódica, que constituye el antecedente para este master universitario.

Personas que abrieron sus ojos y sus mentes para escrutar los entresijos de un arte asido a la antropología popular de esta tierra y transmitido en los volubles parámetros de la tradición oral. Hacía falta convertir el flamenco en objeto de estudio para no perder su legado ni su memoria. Ellos lo hicieron.

Hablo de Juan de la Plata, Manuel Ríos Ruiz, Manuel Pérez Celdrán, Esteban Pino Romero, Julián Pemartín o José Manuel Caballero Bonald. Una labor que continuaron Juan Salido, Alfredo Benítez, José María Castaño, Fermín Lobatón... y que llega hasta nuestros días. Todos han hecho una proverbial embajada del flamenco de Jerez con sus trabajos.

Porque, huérfanos de estudio, estamos al socaire de los prejuicios y del estereotipo, que ha sido siempre un fácil flagelo contra el flamenco. O, como sentenciaba Ortiz Nuevo, expuestos a “los tópicos que tergiversan y confunden las complejas realidades y conducen a las razones por los sucios callejones de las creencias supuestas”.

Termino. Jerez es el mejor epítome del flamenco. Rezuma y resume lo que es y lo que es capaz de llegar a ser en los demás. No me imagino una Jerez exenta de flamenco. Sería una distopía paranoica y aberrante.

Trataré de cumplir las obligaciones asociadas a la condición de embajador del flamenco. Seré desde hoy un cueveño de Jerez o un jerezano de Cuevas del Becerro. Uno es en gran medida de aquellos lugares donde lo quieren y lo dejan querer. Podemos ser apátridas de todo, salvo del corazón. En donde guardo desde hoy esta responsabilidad, que ejerceré con convicción, sin disimulo y, si es necesario, con poca diplomacia, aunque parezca paradójico. Muchas gracias.